

muel— y su notable *Antología de Julio Herrera Reissig*, (en colaboración con Carlos Sabat Ercasty), no ha perdido ciertamente su garra de gran narrador y de fino humorista. En éste su último volumen de cuentos, ambas cualidades abundan y se prodigan con generosidad. Manuel de Castro, que fundamentalmente fué poeta y que inevitablemente seguirá siéndolo en cada renglón que escriba, mira la vida con una fina sonrisa de comprensión y de compasión. Su campo principal de observación son las vidas opacas de los pequeños empleados de la ciudad, los buenos burgueses que tanta injusta imprecación sufrieron de labios de los románticos, las “vidas mínimas” perdidas en el anonimato de colmena de las capitales ebullentes. No olvidemos que la novela con la cual de Castro obtuvo el codiciado Premio Centenario del Ministerio de Instrucción Pública, de Uruguay, se llamaba *Historia de un Pequeño Funcionario* y es una historia conmovedora, en la línea de *La Jaula por Dentro* de nuestro Enrique Araya. El mismo tema nutre la docena de cuentos que integran este tomo, —de edición desgraciadamente un tanto descuidada en los talleres impresores— que lleva el título de uno de los relatos y no el mejor, a juicio nuestro. Como para demostrar que el costumbrismo campesino tampoco le es extraño, Manuel de Castro termina con un cuento rural, *Idilio Cimarrón*, digno de la pluma de un Steinbeck.—J. M.

“EL NAUFRAGIO DE LA FRAGATA WAGER”. John Byron. Editorial Zig-Zag

En los mismos instantes en que el novelista norteamericano Kenneth Roberts, autor de *Northwest Passage*, *Captain Caution*, *March to Quebec*, etc., obtiene uno de los más rotundos éxitos literarios del año en los Estados Unidos, con su “best-seller”: *Boon Island*, la editorial chilena “Zig-Zag” lanza a circulación el dramático relato del naufragio de la fragata “Wager”. Ambos temas son idénticos: una barca que encalla en una isla desierta y arroja a sus playas desoladas e inclementes, a un puñado de náufragos. Sólo que el relato de Kenneth Roberts ocurre en Boon Island, frente a las playas del Maine,

en tanto que la trágica aventura de John Byron tiene por escenario las inhóspitas islas del sur de Chile. Ya "Zig-Zag" en 1938 había publicado también una historia similar, la del naufragio del bergantín "Birkdale" en la tempestuosa boca occidental del Estrecho Nelson, narrada por Juan Marín en su novela *Naufragio*, reeditada en 1954 por la misma editorial. Los temas coinciden en más de un aspecto. En primer lugar los náufragos en lugar de alcanzar tierra firme, son echados en una isla, que no basta para alimentarlos. Se suscita en ellos entonces el problema de una inminente antropofagia, que en la novela de Marín no llega a ocurrir por el oportuno arribo de los salvadores. Pero, en la obra de John Byron (abuelo del poeta autor de *Child Harold*), las escenas de barbarie y salvajismo abundan. Los náufragos son finalmente rescatados después de mil penurias, por los indios nativos de esta incivilizada región chilena de esa época y son llevados a Chiloé, donde caen prisioneros de las autoridades españolas, las que los envían posteriormente a Valparaíso y luego a Santiago. Como documento informativo sobre las costumbres de la época —mediados del siglo XVIII— cuando la nacionalidad chilena comenzaba a tomar forma, esta obra es un documento de primera mano y de excepcional valor.

Muchos son los tripulantes de la "Wager", fragata que formaba parte de la escuadra de Lord Anson, que pierden la vida en esta tremenda saga de infortunio: la Patagonia chilena, recorrida de trecho en trecho por indios chonos y alacalufes, no era ciertamente un lugar ideal para naufragar. La inclemencia del tiempo siempre lluvioso y acosado por las tempestades, se sumaba al desamparo, al hambre, el frío y las enfermedades. La lectura del relato deja la impresión que fueron hombres de acero y no de carne y huesos, los que lograron sobrevivir para contarnos la historia. En la novela de Kenneth Roberts a que más arriba aludimos, hay personajes buenos y malos, héroes y villanos. También los hay de ambas clases en la novela de Marín. Pero, es indudable que a través de las sobrias y mesuradas palabras del oficial de la marina de S. M. británica, John Byron, aparecen en la escena muchísimos más villanos que nobles caracteres, más demonios

que ángeles: hay traición y crimen por doquier y los indios aborígenes, dentro de su primitivismo y de su naturaleza salvaje, resultan menos odiosos y temibles que muchos de los compañeros de naufragio de John Byron. "Zig-Zag" se ha anotado con la publicación de esta obra, magníficamente editada, con una abundante iconografía y una hermosa portada que es copia de una edición inglesa de 1807, uno de sus éxitos editoriales del año; no cabe duda de que la obra verá varias ediciones entre nosotros.—D. C.

"SONATA", de *Daniel Belmar*. Zig-Zag, 1955

Cuando Daniel Belmar publicó su primer libro *Roble Huacho*, la crítica lo saludó como a un novelista que se incorporaba a la generación de 1940, cuyo principal representante, Nicomedes Guzmán, le daba en el prólogo el espaldarazo literario. Pues Belmar se sumaba al grupo generacional que ha reavivado la crudeza del naturalismo zolesco, con esa visión patéticamente humana de la gente humilde expresada en un tremendismo de intención proselitista.

*Roble Huacho* dió a su autor rango de primera línea entre los escritores de su promoción. Hay en esta novela pasiones exacerbadas, sordidez en los ambientes, intensidad en la tipificación de los personajes —seres de reacciones violentas, casi morbosas—, evocación animada de una pequeña ciudad del sur, de clima lluvioso, en un lugar donde los renovales pretenden el vigor de la selva primitiva. Belmar no tamizó el verismo de las circunstancias humanas: dinámico y varonil, preciso y descarnado, lindante en lo pornográfico por su afán de ser exacto y verídico.

En *Coirón*, novela ambientada en el territorio argentino del Neuquén, estilizó el drama de los numerosos chilenos que allí viven, nostálgicos de la patria, en un medio físicamente ingrato y hasta hostil en la convivencia cotidiana. Con elementos simples tramó admirablemente el relato. Su voluntad de perfección expresiva lo condujo a la rebusca de imágenes y a exhibir recursos estilísticos de giros y léxico inusitados. *Coirón* ha quedado inscrita en el registro de las grandes